

ENTRE LAS CRISIS GLOBALES Y LOS CONTEXTOS LOCALES. ELEMENTOS PARA UNA INTRODUCCIÓN A LA ANTROPOLOGÍA ECONÓMICA*

MAURICIO MONTENEGRO RIVEROS**
m.montenegro121@uniandes.edu.co
Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia

RESUMEN Recientemente se han reactivado la producción académica y el debate en el área de la antropología económica, como atestigua esta convocatoria de la revista *Antípoda*. Con el fin de ubicar esta nueva producción en un marco significativo, este artículo pretende brindar algunos elementos de interpretación a partir de cuatro contextos. El primero de ellos es el de las crisis económicas –particularmente, la llamada “crisis de 2008”– que han servido de coyuntura a la reactivación de la subdisciplina. El segundo tiene que ver con los desarrollos históricos de sus principales temas y problemas. El tercero, con la consideración sobre su singularidad teórica y metodológica. En este punto propondré pensar en los conceptos generales del valor y lo moral como nociones centrales desde las cuales puede iniciarse un estudio de antropología económica. Por último, y como contexto final, reseñaré los intereses contemporáneos de este campo, incluidos algunos de sus desarrollos actuales y potenciales en Colombia.

PALABRAS CLAVE:

Antropología económica, revisión histórica, teoría antropológica.

DOI: <http://dx.doi.org/10.7440/antipoda17.2013.06>

* El presente artículo se deriva del trabajo como investigador visitante en temas de antropología económica en el Graduate Center de la City University, Nueva York.

** Magíster, Estudios Culturales, Universidad Nacional de Colombia; Doctorando en Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia.

BETWEEN GLOBAL CRISES AND LOCAL CONTEXTS. ELEMENTS FOR AN INTRODUCTION TO ECONOMIC ANTHROPOLOGY

ABSTRACT Recently, academic work and debate in the field of economic anthropology are resurging, as shown by Antípoda's latest call for articles. To put this new academic production into context, this article offers an interpretative approximation based on four different contexts. The first one is economic crises –in particular the so-called “2008 crisis”–, which have served as setting for the sub-discipline's reactivation. The second is related to the historical development of the main themes and problems of economic anthropology. The third one reviews some of economic anthropology's singular theories and methodologies. Here, I propose to think of value and moral as pivotal notions from which to begin a study of economic anthropology. Finally, I identify the contemporary interest in economic anthropology including some of its current and potential developments in Colombia.

KEY WORDS:

Economic anthropology, historic review, anthropological theory.

ENTRE AS CRISES GLOBAIS E OS CONTEXTOS LOCAIS. ELEMENTOS PARA UMA INTRODUÇÃO À ANTROPOLOGIA ECONÔMICA

RESUMO Recentemente, reativaram a produção acadêmica e o debate na área da antropologia econômica, prova disso é este edital da revista Antípoda. Com o objetivo de posicionar essa nova produção em um referencial significativo, este artigo pretende oferecer alguns elementos de interpretação a partir de quatro contextos. O primeiro deles é o das crises econômicas – particularmente, a chamada “crise de 2008” – que serviram de conjuntura à reativação da subdisciplina. O segundo se refere ao desenvolvimento histórico de seus principais temas e problemas. O terceiro, à consideração sobre sua singularidade teórica e metodológica. Neste ponto, proporei pensar nos conceitos gerais do valor e da moral como noções centrais a partir das quais pode se iniciar um estudo de antropologia econômica. Finalmente, resenharei sobre os interesses contemporâneos desse campo, incluídos alguns de seus desenvolvimentos atuais e potenciais na Colômbia.

PALAVRAS-CHAVE:

Antropologia econômica, revisão histórica, teoria antropológica.

ENTRE LAS CRISIS GLOBALES Y LOS CONTEXTOS LOCALES. ELEMENTOS PARA UNA INTRODUCCIÓN A LA ANTROPOLOGÍA ECONÓMICA

MAURICIO MONTENEGRO RIVEROS

LA ANTROPOLOGÍA ECONÓMICA SE CONSOLIDÓ como subdisciplina antropológica a mediados del siglo pasado, y hasta la década de los setenta fue espacio de debates intensos e influyentes que marcaron la formación de varias generaciones de antropólogos¹. Sin embargo, la subdisciplina perdió protagonismo en las ciencias sociales durante varias décadas. En Latinoamérica, y particularmente en Colombia, la antropología económica ha sido poco explorada, aunque muchos temas de investigación recurrentes en la agenda de las ciencias sociales podrían beneficiarse del uso de sus teorías y perspectivas. En general, las relaciones disciplinares entre la economía y las ciencias sociales en Colombia han sido difíciles y poco productivas. Economistas y científicos sociales se acusan mutuamente de falta de rigor o de sentido crítico, y pocas veces se resuelven a debatir en términos que no se excluyan entre sí.

La antropología económica, junto con otras subdisciplinas como la historia, la sociología o la geografía económicas, intenta precisamente mediar en esta oposición en apariencia irreconciliable, y en este proceso ofrecen valiosas posibilidades analíticas y metodológicas. Este número de *Antípoda* es una excelente oportunidad para explorar estas posibilidades en el contexto de una reactivación por el interés en la antropología económica, que ha respondido –entre otros factores– a las últimas crisis financieras globales, como puede verificarse en el volumen de publicaciones y eventos académicos que se han dedicado al tema en los últimos años. Con este fin, quisiera proponer algunas coordinadas que nos ayuden a identificar los temas y preguntas principales de este campo de estudio, así como sintetizar sus desarrollos históricos, para ponerlos al servicio de problemas contemporáneos.

¹ Agradezco a Michael Blim, en el Graduate Center de CUNY, y a Friederike Fleischer y Fabricio Cabrera, en la Universidad de los Andes, a quienes debo muchas de las referencias bibliográficas e ideas sobre el estado y las posibilidades de la antropología económica.

Para la estructura expositiva de este artículo he decidido usar como introducción el contexto de las recientes crisis económicas globales, a partir de las cuales se han articulado viejos y nuevos problemas de la antropología económica, como el debate sobre las formas de definir y medir el desarrollo económico. A continuación, tras la necesidad de dar un contexto a los debates actuales, propongo una breve historia de la subdisciplina. Este esquema histórico de desarrollos de la antropología económica me da la oportunidad de abordar, en un tercer momento, el problema de su singularidad teórica y metodológica; allí propondré pensar en las preguntas por el origen y la definición del valor, y por los arreglos morales en torno a la vida económica como las principales formas de integración de los debates en antropología económica.

Finalmente, con el fundamento de estos tres contextos (el coyuntural, el histórico y el teórico) perfilaré algunos de los principales retos de la antropología económica actual, en particular el estudio del capitalismo global, el desarrollo inequitativo y las nuevas alternativas socialistas. Intentaré ubicar éstos y otros problemas en Latinoamérica, y en especial en Colombia, sugiriendo por supuesto la especificidad de sus economías, actualmente presionadas por fenómenos como la desindustrialización, la reprimarización y el extractivismo (Herrereros y Durán, 2011), y que al mismo tiempo enfrentan los retos globales arriba señalados.

LA CRISIS DE 2008

En 2008 se hizo visible en los medios globales de comunicación una serie de desfalcos financieros que venían teniendo lugar desde hacía varios años en el mercado bursátil, sostenidos en la excesiva confianza en la autorregulación de los mercados. Este exceso de confianza puede interpretarse, en el ámbito ideológico, como prueba de la hegemonía de la doctrina del libre mercado, que el célebre economista Milton Friedman (1962) declaró invencible, en la década de 1960. En particular, los fraudes en el sistema de créditos hipotecarios iniciaron una recesión en el sector inmobiliario que trascendió rápidamente a otros sectores económicos, primero en Estados Unidos y luego en el sistema global asociado a la economía estadounidense (Barth, 2009).

Aunque la recesión no puede entenderse como un hecho aislado ni coyuntural, y tiene causas estructurales e históricas, muy pronto, sin embargo, la cobertura mediática dio a esta serie de fenómenos el sonoro apelativo de “crisis de 2008” y emparentó el evento con hitos de la historia económica como la “Gran Depresión de 1929”. De inmediato, la atención de la opinión pública

se centró en la crisis, y muchos se interesaron por sus causas y consecuencias. La industria académica, como no podía ser de otro modo, se sincronizó rápidamente con estos intereses y promovió numerosos estudios desde diversas disciplinas, para intentar explicar o conjurar la crisis. En parte, este renovado interés quizá respondió también al impacto que tuvo la crisis sobre un sector académico compuesto en su mayor parte por clases medias, quienes han visto recortados de modo sistemático los beneficios que pudo ofrecer una economía boyante en Estados Unidos y Europa.

Este estado de cosas facilitó la creación de cierto consenso académico que hoy, cuatro años después, puede parecernos apresurado. Tal consenso dictaba que la crisis nos habría hecho conscientes de la arbitrariedad, precariedad y supuesta fragilidad del sistema capitalista imperante. Muchos economistas moderadamente críticos se volvieron contra las ideas de Friedman e hicieron un llamado a fortalecer los controles del Estado sobre los mercados, a castigar la especulación financiera y, en fin, a no confiar en la proverbial “mano invisible” de la que habló Adam Smith. Un buen ejemplo de esta tendencia es la serie de textos recogidos en el volumen *Time for a Visible Hand. Lessons from the 2008 World Financial Crisis*, editado por Joseph Stiglitz *et al.* y publicado en 2010. Incluso, hubo en éstas y otras proclamas cierta autocomplacencia, cierto tono de reproche, casi una exigencia de desagravio para el triunfalismo neoliberal post-1989.

La crisis, sin embargo, puede interpretarse también de otro modo: no como un fracaso, sino como una victoria neoliberal. Como anota Fabricio Cabrera: “en muchos casos estas crisis logran ser aprovechadas por algunos sectores, en otros son incluso creadas por sectores estratégicamente situados con miras a ‘administrarlas’” (2011: 17). Ambas interpretaciones, en todo caso, señalan la necesidad de examinar críticamente la economía, en particular desde las ciencias sociales, y es en este contexto donde especialidades como la antropología económica cobraron protagonismo en el panorama académico.

Cabe añadir, sin embargo, que la producción en el campo de la antropología económica ha sido constante durante las últimas décadas, aunque no haya sido, como ahora, visible para un público más amplio. Para atestiguar la constancia y coherencia del trabajo en el campo está, por ejemplo, la Society for Economic Anthropology, que desde 1980 patrocina reuniones anuales y publicaciones especializadas, o la revista *Research in Economic Anthropology*, fundada en 1978 por George Dalton, un cercano colaborador de Karl Polanyi, y activa desde entonces. En particular, en la última década hay algunas referencias importantes que vale la pena señalar como antecedentes de la actual reactivación del campo.

La primera de estas referencias es el libro de Stephen Gudeman *The Anthropology of Economy: Community, Markets and Culture*, publicado en 2001; este libro recoge las principales reflexiones teóricas de Gudeman, quien permaneció activo durante las décadas de menor producción de antropología económica, las de 1980 y 1990. Hasta la aparición de esta obra había pasado mucho tiempo sin que se presentara un panorama amplio de la subdisciplina, que además arriesga una teoría general, partiendo de la categoría de “base” económica, que Gudeman ha perfeccionado desde entonces. Con este impulso, varios estudiosos del campo que venían desarrollando un trabajo sostenido, aunque marginado por el *mainstream* académico, se dieron a la tarea de presentar las bases y los desarrollos de la antropología económica a una nueva generación de científicos sociales; entre estos esfuerzos se destacan *Economies and Cultures: Foundations of Economic Anthropology*, de Richard Wilk y Lisa Cligget (2007), y *Economic Anthropology*, de Chris Hann y Keith Hart (2011). Tal vez el principal acontecimiento editorial y académico de este proceso fue la aparición, en 2005, de un *handbook* de antropología económica, dirigido por James Carrier, en el que se incluyeron textos de varios autores que han sido centrales en la reactivación del campo, entre ellos los propios Hann y Hart, así como el polémico David Graeber (hoy ampliamente reconocido), el mismo Stephen Gudeman, Susana Narotzky, Don Robotham, uno de los principales impulsores de la revitalización, también, del marxismo; incluso Sutti Ortiz, quien publicó cuarenta años antes en el clásico *Themes in Economic Anthropology*, editado por Raymond Firth (2004 [1967]).

Precisamente, a raíz de la crisis de 2008, los editores del *handbook* vieron la oportunidad de lanzar una segunda edición, ampliada y actualizada, en la que se incluyó una sección entera llamada “The crisis”, con artículos de Michael Blim, Horacio Ortiz, de nuevo Keith Hart, entre otros. El propio Carrier (2012) postula en la introducción a esta segunda edición que la crisis dio un nuevo aire a la antropología económica. El mismo comentario puede hallarse en el prólogo a *The Human Economy* (2010: 1), otro *handbook*, esta vez no estrictamente antropológico, aunque la mayoría de sus colaboradores son antropólogos. En dicho prólogo los editores (Jean-Louis Laville, Antonio Cattani y, sí, Keith Hart) advierten sobre la necesidad de “repensar” la economía después de la crisis de 2008, que supuestamente probaría el fracaso de las teorías económicas hegemónicas.

Estas convicciones no estaban lejos de las de la opinión pública ilustrada, e incluso dieron lugar a movimientos como “Occupy Wall Street”, al que se unieron públicamente varios intelectuales. Es en este ambiente académico y político que aparece el ya citado *Economic Anthropology* (2011),

un libro sobre el que precisamente dice Bill Maurer (2012), en una reseña convenientemente titulada “Occupy economic anthropology”, que más que un trabajo académico es un trabajo político. Y tiene razones de sobra para decirlo, pues Hann y Hart dedicaron, por ejemplo, un capítulo a la reflexión sobre la alternativa socialista en el mundo contemporáneo. El propio Maurer comenta, de un modo quizá demasiado agudo como para suponerlo un elogio, que “uno puede detectar que Hann y Hart han sido influidos por 1968, más que por 2008” (458).

Sin duda, hay una fuerte relación entre este libro y el anterior proyecto de Keith Hart, *The Human Economy*; incluso, parece revelarse un programa de trabajo que seguramente tendrá nuevas entregas. Maurer sintetiza esta relación con contundencia: “si *Economic Anthropology* es la teoría, *The Human Economy* es la práctica”. Por ahora, y para dimensionar mejor los debates que recogieron estas producciones influidas por la crisis de 2008, quisiera dejar de lado por un momento esta tensión entre teoría y práctica y ofrecer una historia sintética de la antropología económica, para luego identificar algunos problemas contemporáneos, de interés para la subdisciplina, y proponer algunas formas de aproximarse a ellos.

BREVE HISTORIA DE LA ANTROPOLOGÍA ECONÓMICA

Como ya he anotado, para muchos estudiosos la crisis de 2008 hizo patente la necesidad de retomar el trabajo sobre la antropología económica, entendida como la perspectiva más inclusiva para pensar en las posibilidades económicas. Esto nos remite de nuevo a la importancia de la disciplina en la concepción de una “economía humana” que se interese por la satisfacción de todas las necesidades, no sólo por aquellas que puede cubrir el mercado: también los bienes públicos, la educación, la seguridad, el medioambiente, y por “cualidades intangibles como la dignidad, que no pueden ser reducidas a indicadores económicos” (Hann y Hart, 2011: 8).

En este proceso de concebir una economía (más) humana, es necesario permanecer alerta sobre los peligros de sobreextender el principio de los mercados; una lección que nadie expondría mejor, aun hoy, que Karl Polanyi. En la mayor parte de la literatura sobre antropología económica se hace explícita la enorme deuda que ésta tiene con Polanyi, y en particular con su teoría de la imbricación [*embeddedness*] entre economía y sociedad. De allí que la historia de la subdisciplina usualmente distinga como referente principal el debate clásico entre formalismo y sustantivismo, entre las décadas de 1940 y 1970, momento que algunos autores (Hann y Hart entre ellos) han llamado “la edad de oro de la antropología económica”.

Aunque es común señalar el citado debate como un hito, podría no ser precisamente una “edad de oro”, pues se trató de una discusión agotadora en la que se contrastaron las posiciones en disputa, a tal punto, que amenazó con hacerse bizantina. En todo caso, se trató de un momento clave para la subdisciplina en la conformación de los debates contemporáneos. Con este presupuesto, a continuación propongo una clasificación histórica, muy esquemática, marcada por un antes y un después del debate formalista-sustantivista.

El antes

Antes incluso de la consolidación de la antropología económica, o de la antropología y la economía como disciplinas singulares, pueden señalarse algunos antecedentes importantes de sus respectivas formaciones. En principio, habría tres momentos generales: el Mundo Antiguo, en el que la economía sería entendida como administración doméstica; el medieval, en el que se abrirían debates sobre la propiedad y el origen del valor; y la economía política de los siglos XVIII y XIX, en la que tomarían importancia problemas como la división del trabajo y las leyes del mercado. En este tercer momento –la economía política–, puede hablarse ya de una antropología económica incipiente, expresada, por ejemplo, en el interés que Karl Marx mostró por la economía precapitalista, especialmente en los *Grundrisse* (2005 [1857]).

Los inicios de la antropología económica propiamente dicha estarían marcados por el trabajo etnográfico de figuras como Franz Boas o Bronislaw Malinowski, quienes se interesaron por los regímenes de intercambio en sociedades consideradas primitivas. De algún modo, este interés por “otras” economías distintas del capitalismo hegemónico, que ya avanzaba globalmente a inicios del siglo pasado, constituye el corazón mismo de la antropología económica; es en estos contrastes, oposiciones e hibridaciones donde se revela la importancia de su perspectiva.

El principal aporte de estas etnografías habría sido la postulación de dos categorías, el *kula* (Malinowski) y el *potlatch* (Boas), para designar tipos de intercambio singulares que retan la hipótesis de la generalización del mercado capitalista. El *kula*, por una parte, designa un complejo sistema de intercambio de objetos aparentemente sin mucho valor (principalmente collares y brazaletes), en el que participan cientos de personas en un ciclo de navegación que cubre unas dieciocho islas en el área de Trobriand, en Papúa-Nueva Guinea. Los objetos que se intercambian en el *kula* son valorados por su antigüedad y por la red de personas que los han poseído y entregado. Malinowski estudió este tipo de intercambios en la década de 1910 y concluyó que, lejos de limitarse al paradigma económico de “decisiones racionales” y maximización de beneficios, respondían a la reproducción de la autoridad política, a las relacio-

nes de parentesco y a las jerarquías sociales, al tiempo que creaban el contexto social necesario para el intercambio de otros bienes.

El *potlatch*, por otro lado, designa un ritual de ofrenda de diversos bienes y trueque de otros, practicado por varias comunidades indígenas en la costa del Pacífico estadounidense y canadiense. Para Boas, quien lo estudió en la década de 1880, el *potlatch* es un sistema de redistribución directa de la riqueza; tan es así que incluye en algunos casos la destrucción de bienes que se consideraran superfluos o excesivos para las necesidades de la comunidad, aunque esta misma destrucción esté asociada al estatus de quien sacrifica lo que de otro modo podría beneficiarlo. Una práctica que, sin duda, reta la limitada imaginación económica del paradigma neoclásico.

Quien consolidaría teóricamente estos hallazgos etnográficos sería Marcel Mauss (2000 [1924]), al proponer una teoría general del don que intentaba explicar las lógicas sociales del intercambio más allá de supuestos económicos como la maximización de la utilidad o la llamada acción racional. Para Mauss, el *kula* y el *potlatch* son ejemplos de “economías del don”, en las que la reciprocidad es más importante que la eficacia o la generación de plusvalía. Es tal vez a partir del trabajo de Mauss que empieza a perfilarse la pareja conceptual que en la siguiente sección postularé como central en la antropología económica: el valor y lo moral; por cuanto las economías del don subrayan la producción social del valor y la imposibilidad del intercambio sin un acuerdo sobre su definición, pero también sin un acuerdo sobre las premisas morales que ubican a los sujetos del intercambio en posiciones sociales específicas.

A partir de estos trabajos pioneros, las aproximaciones antropológicas a la economía asumieron un papel crítico, en particular respecto del etnocentrismo latente de las categorías de análisis económico:

Los ejemplos del *kula* y el *potlatch*, reconocidos como modelos etnográficos, dieron lugar a descripciones de instituciones semejantes por parte de la antropología, a las cuales, más allá de reinterpretaciones recientes y críticas a algunos postulados, debe reconocérseles el impacto que produjeron para el tratamiento de las cuestiones económicas en antropología. Significaron, tal vez, un llamado de atención en torno a la viabilidad de los conceptos de escasez, necesidad, utilidad, etc. que de alguna manera articulaban (y en parte lo hacen aún) las concepciones predominantes en la teoría económica. (Trincherio y Balazote, 2007: 81)

En efecto, el impacto de la descripción del *potlatch* se tradujo en la negación del principio económico de la escasez como fundamento del valor, tesis fundamental de David Ricardo y sus discípulos, y dio lugar a interpretaciones arriesgadas sobre la función social (y económica) del derroche, como las

propuestas por Georges Bataille (2007 [1976]). El *kula*, por su parte, afirmó la importancia del valor simbólico en el intercambio, y la posibilidad de intercambios no económicos (al menos no en el sentido de la economía neoclásica). Finalmente, al recoger estas dos categorías etnográficas y proponer una economía del don, Mauss inició un trabajo de zapa en los cimientos de los modelos de la utilidad individual y recuperó las tesis de Émile Durkheim sobre la solidaridad (mecánica u orgánica) como principio de la vida social.

El debate formalismo-sustantivismo

En *La gran transformación* (1944), Karl Polanyi defiende la hipótesis de un cambio radical en la vida económica a partir del ascenso del capitalismo: su abstracción de la vida social. Este proceso implicaría el desplazamiento del interés por las situaciones concretas de producción e intercambio, en favor del estudio de modelos formales pretendidamente generales. La creciente legitimidad de tales modelos no haría más que naturalizar los supuestos de la economía neoclásica (de nuevo: la acción racional, el individualismo metodológico, la maximización de recursos). En abierta oposición a esta tendencia, y retomando a Mauss (2000 [1924]), Polanyi (1944) invocó aspectos de las economías domésticas o de pequeña escala, como la tendencia a la reciprocidad y la redistribución. Las ideas de Polanyi fueron recibidas y propagadas por un conjunto de autores posteriormente llamados “sustantivistas”.

El sustantivismo es tal vez la corriente de pensamiento paradigmática del interés antropológico en la economía, pues hace énfasis en la importancia de la diferencia cultural en el análisis económico: la imbricación de la que habla Polanyi imposibilita (o al menos dificulta) las generalizaciones formales (y las morales, también), y señala el camino de la etnografía (Gemici, 2008). Sin embargo, es el formalismo condenado por Polanyi el que realmente convoca a la antropología y a las ciencias sociales en general a pensar en términos económicos, de modo que pudiera darse un debate informado en un campo ya constituido y, de hecho, hegemónico. Al menos ésa es la posición de Melville Herskovits (1940), abanderado del formalismo, quien defiende la posibilidad de aplicar la teoría económica moderna en el estudio de sociedades premodernas; una idea que no estaba muy lejos de experiencias etnográficas como la de Raymond Firth (1939), quien ya había descrito la vida económica de los Tikopia a partir de la teoría de la elección racional.

Es con el debate entre formalistas y sustantivistas que la antropología se ofrece como una herramienta *reflexiva* para la economía, necesaria por cuanto los métodos económicos “han conducido a la negación sistemática de la historicidad de sus categorías” (Trinchero y Balazote, 2007: 12). Esta

reflexividad se ha expresado comúnmente, o bien cuestionando la teoría dominante ofreciendo ejemplos contrastantes, o bien, como propone Raymond Firth, ayudando a afinarla:

Puede argüirse que la relación a veces postulada como disgregación entre la economía y la antropología es de la misma naturaleza que la relación entre la economía y la historia económica. Cuando el antropólogo o el historiador aplica un *test* institucional empírico a proposiciones económicas teóricas, puede encontrar que las proposiciones mismas necesitan ser ampliadas o modificadas, especificando con mayor precisión las condiciones en que operan. (2004 [1967]: 14)

Esta preocupación por las condiciones de reproducción de las lógicas económicas fue compartida por un movimiento de la teoría económica relativamente ajeno al debate entre formalismo y sustantivismo, e incluso a la antropología económica en su conjunto. Se trata del grupo formado en la London School of Economics y la Universidad de Cambridge, alrededor de figuras como Piero Sraffa (1960), quien intentó rehabilitar la economía política de Adam Smith, Karl Marx y, particularmente, David Ricardo, ante la avanzada hegemónica de la economía neoclásica. Precisamente, en esta tradición, denominada a veces “neorricardiana”, en diálogo con la antropología social británica de la década de 1930, se formaron antropólogos como Stephen Gudeman, quien todavía hoy tiene un importante ascendiente en el campo.

Hay que subrayar, por último, que muchos autores que participaron inicialmente en el debate formalismo-sustantivismo, incluidos Clifford Geertz (1963) y Marshall Sahlins (1972), decidieron, cuando la antropología económica perdió protagonismo en la segunda mitad de la década de 1970, decantarse por el análisis de la cultura en cuanto sistema simbólico.

El después

Precisamente, con el ascenso de la antropología simbólica y de la etnografía reflexiva, en el contexto del llamado giro culturalista, la antropología económica fue relegada por algún tiempo a focos locales que no trascendieron con facilidad las fronteras nacionales, como el marxismo francés encabezado por Maurice Godelier y Claude Meillasoux (Seddon, 1978), o bien fue subsumida en movimientos intelectuales para los cuales no fue, sin embargo, central. Este último es el caso del feminismo, que mantuvo precisamente una posición crítica frente al marxismo, por considerar que éste difundía una definición restringida de la reproducción social, obviando, por ejemplo, la importancia de la economía doméstica (Narotsky, 2004: 224); en este empeño, la crítica feminista amplió el campo del análisis antropológico de la economía.

Por otro lado, la década de 1980 vio el avance del llamado nuevo institucionalismo, una escuela de análisis económico que compartía ciertos presupuestos, si no de la antropología, al menos de las ciencias sociales, en particular, el interés por el capital social y, en general, la génesis social del valor (North, 1986). La nueva economía institucional, que de algún modo tomó el relevo del formalismo, llegó incluso a hacer merecedores del Premio Nobel de Economía a Douglass North y Robert Fogel, en 1993.

En la década de 1980 también tomó forma una subespecialidad de la antropología económica que puede denominarse “antropología del dinero”, interesada especialmente en la formación del valor. El referente imprescindible de este empeño es el volumen *Money and the Morality of Exchange*, editado por Jonathan Parry y Maurice Bloch (1989). Pero el mayor volumen de investigaciones y publicaciones se concentró en la antropología del consumo: autores como Daniel Miller (1987), Arjun Appadurai (1991 [1986]) y Mary Douglas y Baron Isherwood (1990 [1974]) dirigieron sus intereses hacia las prácticas de consumo, adivinando allí aspectos más cercanos a las predominantes teorías posmodernas y culturalistas, como la fragmentación institucional o la capacidad de agencia individual. En esta transición del examen de sistemas de producción e intercambio a sistemas de consumo se mantuvieron, sin embargo –con nuevos términos–, debates clásicos de la antropología económica; por ejemplo, la oposición entre mercancías y regalos subrayada en la influyente obra de Appadurai (1991 [1986]) no dista mucho de las ideas de Mauss, e incluso de la oposición general entre forma y sustancia. Es así como, de un modo sutil e interesante, el mismo giro cultural que de algún modo eclipsó los avances de la antropología económica cumplió también con las expectativas del sustantivismo más radical.

Esta breve reseña histórica podría complementarse con una interesante propuesta de Hann y Hart (2011): presentar los hitos de la antropología económica también en clave de “tradiciones nacionales”: la alemana, la británica, la estadounidense y la francesa. Esta perspectiva nos permite además reparar en la evidente concentración de esta producción intelectual en Europa y Estados Unidos. Para contrarrestar un poco este desequilibrio, sería necesario revisar la agenda contemporánea de la antropología económica y las subdisciplinas más asociadas a ella; valga decir: la antropología política, la historia económica, la geografía económica y la antropología del desarrollo. En todos estos casos, tanto los problemas de estudio como los movimientos intelectuales y los investigadores pertenecen cada vez más al sur global.

Esto no es del todo inesperado teniendo en cuenta que la actual economía global está crecientemente dominada por las economías asiáticas, mientras que las latinoamericanas, e incluso las africanas, emergen con dinamismo. De nuevo, la llamada crisis de 2008, que habría tenido sus mayores efectos en Europa y Estados Unidos, sirve como punto de referencia de estas transformaciones.

La utilidad de este recuento histórico reside, entre otras cosas, en la oportunidad que brinda para identificar fenómenos de largo plazo de interés para la antropología económica, así como constantes teóricas y metodológicas que permitan fortalecer el campo, pues la ausencia de teorías y métodos propios ha sido precisamente una de las críticas más insistentes que se le han hecho, a pesar del esfuerzo de trabajos como el volumen de artículos editado por Jean Ensminger (2002) sobre los debates teóricos más desarrollados en la subdisciplina.

A propósito de la necesidad de examinar la singularidad del cuerpo teórico de la antropología económica, a continuación exploraré rápidamente una propuesta inicial: dar centralidad a los conceptos generales del valor y lo moral.

UNA NOTA SOBRE LA SINGULARIDAD TEÓRICA Y METODOLÓGICA

Si los debates teóricos y metodológicos de la antropología económica tienen aspectos singulares que los distinguen y los hacen necesarios en el campo ampliado de las ciencias sociales, es posible que los conceptos generales del valor y lo moral constituyan el eje mismo de tal singularidad. En mi opinión, han sido las preguntas sobre el origen y las transformaciones del valor, y la tensión entre solidaridad y egoísmo, las que han guiado la mayor parte de investigaciones en el campo. Puede afirmarse que la mayor parte de la antropología económica influida por Karl Marx ha regresado a las preguntas fundamentales sobre el valor que se hacen en *El capital*; por ejemplo, la pregunta por la definición misma de “mercancía” ha guiado la discusión sobre las tensiones acerca de lo que puede (o debe) intercambiarse o no, y cómo. Estas decisiones entrañan numerosas disputas por la legitimación de juicios morales y concepciones culturales particulares sobre el intercambio. La antropología económica ha desarrollado diversas herramientas teóricas para estudiar estos procesos de integración o exclusión de bienes y personas en lo que se ha convenido en llamar “esferas de intercambio”. Estas esferas son espacios sociales en los que imperan acuerdos, provisionales o no, sobre las lógicas y los contenidos del intercambio; cada una excluye por definición los términos del intercambio en otras esferas (Sillitoe, 2006). Así, por ejemplo,

nuestras ideas sobre el intercambio de favores entre familiares difieren de aquellas que guían nuestras acciones en el regateo de mercancías en un mercado popular. Más aún: algunos bienes pueden declararse exentos de participar en regímenes de intercambio en un espacio social particular; es el caso de ciertos objetos sagrados, o colectivos; y esta exención puede servir también para dimensionar el valor de aquello que sí se intercambia (Kopytoff, 1991).

Por otro lado, la antropología económica influida por Émile Durkheim ha estado más interesada por los acuerdos morales que garantizan los intercambios económicos y disuaden del uso de la violencia para apropiarse de recursos. Para Mauss, por ejemplo, el intercambio debe estudiarse como un tipo de “contrato” que sólo es posible bajo el supuesto de unas obligaciones solidarias. Más allá, como anotan Wilk y Cliggett (2007), la teoría económica surge en Europa como una filosofía moral. En este sentido, las discusiones protoeconómicas promovidas por Thomas Hobbes todavía tienen eco en los debates sobre la naturaleza social del individuo, así como las de Jean-Jacques Rousseau. No en vano, Adam Smith, considerado el principal precursor de la teoría económica moderna, se interesó tanto en asuntos morales (2004 [1759]) como en asuntos económicos.

Pero también influyentes trabajos contemporáneos replican la centralidad de estas categorías. Es el caso de las investigaciones de David Graeber (2001) sobre la noción de valor, o la propuesta de Stephen Gudeman (2001) de entender la antropología económica a partir de la tensión comunidad-mercado, en donde los acuerdos morales posibilitan la homogeneidad de la comunidad, mientras que la legitimidad del valor hace posible el mercado. Una de las principales implicaciones de la perspectiva moral es la concepción del intercambio como un sistema de relaciones entre personas por intermedio de las cosas. El mercado, aun siendo una ficción (no es observable, como sí lo son los intercambios concretos), es una ficción activa: cumple un rol de referente moral y cognitivo.

Este énfasis se debe a Mauss, en el sentido de que son las relaciones que causan o expresan, y no las cosas en sí mismas, las que constituyen el centro de las prácticas económicas:

My account rejoins a Maussian perspective in that I see innovation as creating relations between people through things. The relationship between people as mediated by things—whether in the market or in community, whether via capital or the base—is the stuff of economy. (Gudeman, 2001: 147)

Luego, sobre la singularidad metodológica, vale la pena insistir en la importancia de combinar la etnografía con la historia económica y de dar perspectiva geográfica a ambas, en especial en lo referente a la integración de

observaciones locales y globales, de modo que se eviten simultáneamente la exotización y las alusiones abstractas a “flujos globales”.

La preocupación por delimitar los métodos de la antropología económica queda bien ilustrada en la propuesta de Caroline Dufy y Florence Weber (2009 [2007]) de pensar en una “etnografía económica”; una propuesta de cuño sustantivista, por cuanto afirma que la etnografía ayudaría a objetivar las abstracciones económicas, de modo que puedan examinarse posteriormente a la luz de teorías antropológicas o de las ciencias sociales. En todo caso, no se trata simplemente de hacer etnografía de temas económicos, o con preguntas económicas.

Por último, cabe anotar una clave tanto teórica como metodológica: la integración de las esferas comúnmente opuestas de lo económico y lo cultural. Es necesario superar la dicotomía que Viviana Zelizer (2005: 20-35) llamó “teoría de los mundos hostiles”, que opone la esfera económica –en donde reinarían el dinero y el interés– a una esfera cultural idealizada –en la que reinarían la solidaridad y los valores simbólicos–. Sobre esta integración fundamental entre economía y cultura escribe Kirsten Simonsen:

[...] culture (as the production of meaning) and economy (as meaningful practices) are inseparable. Economic activities should therefore not be set in opposition to extra-economic cultural and social forces but be understood as just one category of social relations, much as kinship and religion. (2001: 50)

La antropología económica está llamada a dar forma a esta integración, como afirman Wilk y Cliggett (2007: 42-46), al perfilar la articulación entre tres modelos básicos del pensamiento económico: el primero, el modelo *social*, se expresa particularmente en la economía política y se concentra en el poder y las instituciones; el segundo, llamado modelo *moral*, hace énfasis en la conducta y en el sentido; un tercer modelo, el modelo *individual* (*self-interested*), supone la libertad, la autonomía y la competitividad “natural” del sujeto. Este último es el modelo que ha hecho carrera en la economía liberal. La tarea de la antropología en su relación con la teoría económica consiste en problematizar sus tendencias más formalistas y abstractas. La cultura es un contexto que cuestiona las hipótesis de autodeterminación económica y enriquece las aplicaciones concretas de las cuestiones morales que subyacen a todo el conjunto. La antropología tiende a ampliar el concepto de cultura más allá de los límites de “la producción de sentido” comúnmente aceptados, de manera que los modelos señalados arriba no deben entenderse como excluyentes, sino como un todo orgánico: la cultura sería la síntesis de los hechos sociales, individuales y morales (Wilk y Cliggett, 2007: 46).

LA ANTROPOLOGÍA ECONÓMICA HOY (Y AQUÍ)

Más allá de estos debates, interesan los campos en los que podrían ser útiles las lecciones históricas de la antropología económica, en especial algunos de los grandes problemas de nuestro tiempo, como el desarrollo desigual o inequitativo, la alternativa socialista y el capitalismo global.

Sobre el desarrollo inequitativo pueden invocarse las principales tesis de la antropología del desarrollo, muy cercana a la antropología económica, en particular la denuncia del colonialismo sostenido ideológicamente en la empresa desarrollista, y la consecuente “invención del tercer mundo” (Escobar, 1996). Al respecto, vale la pena anotar que, si la antropología económica no ha tenido protagonismo en la academia latinoamericana, sí lo han tenido subdisciplinas muy cercanas en sus intereses, como la antropología política y la del desarrollo. Tal vez esto pueda explicarse por la importancia que han tenido para el sur global marcadores como el “subdesarrollo”, y la necesidad de examinarlos críticamente.

Aunque el problema del desarrollo no sea estrictamente económico, ni el campo económico se agote en el debate sobre el desarrollo, la producción académica de ambas subdisciplinas ha estado fuertemente ligada, al menos en la academia estadounidense, como lo comprueba el *handbook* de Marc Edelman y Angeliqe Haugerud (2005), que reúne a muchos autores clave, la mayoría de los cuales ha contribuido también en el relanzamiento de la antropología económica. Allí se publicó el artículo ya clásico de Jean Comaroff y John Comaroff sobre el “capitalismo milenarista”, en el que se relaciona la expansión cultural de la ideología neoliberal con dos fenómenos contemporáneos: la catástrofe ambiental asociada a la mala gestión de recursos naturales, y la nueva división global del trabajo, cuyo modelo inequitativo se sostiene en la presión demográfica.

Sobre la alternativa socialista, hay que subrayar que ideológicamente ha influido sin duda en la historia de la antropología económica (tanto Mauss como Polanyi, para no ir más lejos, declararon y defendieron al socialismo como su filiación política), y, por lo tanto, vale la pena considerar sus propias lecciones históricas. Con este fin, pueden distinguirse tres momentos: el socialismo hasta 1989, el postsocialismo en la ex-Unión Soviética y Europa del este, y el reformismo socialista actual en países como China, Vietnam y Cuba. Sobre este último momento recae la atención de Hann y Hart (2011), quienes se concentran en la descripción del caso chino, que les parece ejemplar, por cuanto ha logrado integrar eficazmente capitalismo y socialismo; es decir, que ha logrado integrar la producción eficaz de plusvalía (el valor) con diversos modelos de redistribución (lo moral).

Las posibilidades de éxito de las economías de tendencia socialista habrían aumentado con la crisis financiera del “Primer Mundo”, como demostraría el resurgimiento latinoamericano en una década marcada por el giro hacia la izquierda de la mayor parte de sus gobiernos nacionales. Sin embargo, el sistema-mundo (Wallerstein, 1976) consolidado moviliza múltiples y poderosas resistencias, especialmente asociadas a la división global del trabajo y la explotación de recursos, y a los arreglos financieros entre organizaciones multilaterales, corporaciones multinacionales y Estados. Así, uno de los problemas centrales para la economía contemporánea es la llamada “financionalización”, que para algunos autores corresponde a la actual forma histórica del capitalismo (Arrighi, 1994), y cuyo estudio desde las ciencias sociales sigue siendo limitado.

De allí que el tercer campo de interés contemporáneo sea el estudio del capitalismo global. Un campo que reta a la disciplina antropológica, por cuanto recusa la tendencia al exotismo y llama a estudiar la cotidianidad de un capitalismo heterogéneo y deslocalizado. Un buen ejemplo de las posibilidades etnográficas en este campo es el interés por las redes sociales y las prácticas culturales del mundo financiero, desde el trabajo pionero de Ellen Hertz (1998) sobre la bolsa de Shanghai hasta el trabajo de Karen Ho (2009) sobre la cultura institucional de Wall Street, o el de Emil Røyrvik (2011) sobre el modo en que se hacen negocios en las corporaciones multinacionales.

Actualmente, es de particular interés la transición del capitalismo nacional al mundial, que sería una nueva expresión de la ampliación histórica de la economía doméstica: hacia el feudo, el pueblo, la ciudad, el Estado, el mundo; una ampliación que implica siempre la recomposición de los regímenes de propiedad, producción e intercambio. Y una transición que estaría señalando el mismo camino de la transición demográfica: Asia (Arrighi, 2007). Más allá de dónde se concentran la población y la fuerza de trabajo, puede pensarse también en dónde se concentran los recursos ecológicos y minero-energéticos. Ese camino conduce tanto a África como a Latinoamérica.

A partir de esta idea, quisiera aprovechar para llamar la atención sobre algunos posibles campos de aplicación de la antropología económica en la Colombia contemporánea. En todo caso, es necesario anotar que la antropología económica en Latinoamérica se ha interesado especialmente por las relaciones entre campo y ciudad, las dinámicas de la migración, el desarraigo

2 Suele llamarse así a la característica del capitalismo avanzado según la cual los mercados financieros dominan sobre los sectores industrial y agrícola, pues generan mayor plusvalía con menores inversiones de capital y trabajo.

y la reconfiguración cultural de lo rural en lo urbano. En este sentido, ha estado muy cerca de la antropología rural, y sólo en los últimos años se ha enfrentado a contextos como el capitalismo financiero. Así, la llamada “crisis de 2008”, que sirvió de escenario para la reactivación de la subdisciplina en Estados Unidos o Europa, no ha tenido el mismo efecto en Latinoamérica o en Colombia, en donde, en efecto, ha tenido impactos, pero su estudio se ha relegado tras la urgencia de tratar el despojo violento de tierras, la expansión de monocultivos o la explotación minera indiscriminada en el contexto, como he anotado ya, de la llamada reprimarización de la economía.

Todo ello tiene implicaciones en la recomposición de las prioridades de inversión estatal, en las infraestructuras viales e industriales, y, por supuesto, en los conflictos por la propiedad de la tierra. Actualmente avanzan diversas investigaciones con perspectiva antropológica en este campo, y pueden señalarse algunos precedentes inmediatos centrados en los impactos de la economía minera en la división social del trabajo y los lazos comunitarios y familiares, ya sea en las minas de esmeraldas de Boyacá (Parra, 2006) o en las minas de carbón de La Guajira (Puerta, 2010).

126

Sin embargo, muchos de estos problemas están directa o indirectamente asociados con la creciente financialización de la economía. Es el esquema global de producción y distribución del capital el que presiona por la reprimarización de la economía latinoamericana. En Colombia, mientras el sector agrícola produce ganancias mínimas para los trabajadores, muchas de las empresas más grandes del país son entidades financieras, y obtienen ganancias extraordinarias; sólo el sector de créditos crece a un ritmo del 6% anual (*Portafolio*, 2013).

En este panorama financiero hay además sectores de crédito y esquemas de inversión informales (e incluso ilegales), que crecen también a un ritmo sostenido. Asociado a la informalidad y la ilegalidad está el estudio de fenómenos locales que niegan la supuesta homogeneización global de la racionalidad económica. Existen, por ejemplo, visiones y versiones andinas sobre la riqueza y la acumulación que son objeto de investigación etnográfica; algunas sociedades rurales pueden mostrar formas de interacción con aspectos del capitalismo que sería preciso estudiar etnográficamente, como anota Fabricio Cabrera, quien agrega que no deberían sorprender las creencias en guacas, pirámides y otras “ilusiones económicas”, cuando “en los medios de comunicación se ven constantemente referencias a la existencia de inmensas fortunas y a estilos de vida opulentos, casi inimaginables, que no parecen estar relacionados con ningún proceso de trabajo como aquel que muchas gentes enfrentan en su día a día” (2011: 19).

Tal vez esta línea de análisis ya había sido planteada de algún modo desde los estudios de Michael Taussig (1993 [1980]) sobre la oposición entre ciertas formas precapitalistas de fetichismo y el moderno fetichismo de las mercancías. Por supuesto, también puede pensarse en las múltiples formas de interrelación, cooptación, fusión de estos modelos, que no son necesariamente excluyentes, como han demostrado nuevas etnografías sobre la acción empresarial de algunas comunidades indígenas y campesinas. Margarita Serje y Roberto Pineda (2011), por ejemplo, han mostrado cómo ha sido la integración conflictiva de los indios pastos a modelos económicos cooperativos en el crecientemente competitivo mercado de la leche.

El estudio de sectores informales de la economía, especialmente urbanos, desde una perspectiva antropológica, o con enfoques diferenciales (de género o raza), ha ganado constancia en varios países de la región. En Perú, Rodolfo Masías (2003) ha seguido las trayectorias y estudiado los imaginarios económicos de pequeños y medianos empresarios, y su articulación con ideologías económicas imperantes. En México, Sandra Alarcón (2008) ha examinado la articulación entre comerciantes informales y pauperizados con redes globales de comercio y nuevas formas de tercerización laboral. En Colombia, sin embargo, este tipo de estudios continúan en una etapa diagnóstica, comúnmente cuantitativa y más cercana a la sociología económica, como puede notarse en el estudio de Noelba Millán, Luz Prada y Jorge Renza (2008) sobre la importancia del género en el trabajo informal, en el que se reseñan diversos trabajos sobre la inserción y las condiciones laborales de las mujeres desde 1996.

La tensión entre bienes públicos y privados también sugiere numerosos escenarios de análisis. La ampliación de las formas de propiedad privada y privatización de la administración de recursos públicos ha impulsado diversas investigaciones sobre la apropiación del patrimonio cultural en el mercado (Montenegro, Chaves y Zambrano, 2010) o sobre la propiedad en disputa de recursos naturales y conocimientos tradicionales, como ha mostrado Shane Greene (2006) a propósito de la pretensión de algunas multinacionales de patentar productos botánicos como la ayahuasca. Una variante de estos temas que resulta de especial interés para la antropología económica es el problema de las definiciones del valor y los conflictos culturales que conllevan; es el caso de la aparente inconmensurabilidad entre las concepciones sobre la explotación del petróleo y la noción de bien común entre los indígenas U'wa y la multinacional petrolera Oxy (Uribe Botero, 2005). También puede resultar de interés, en la actual coyuntura, la legislación de los regímenes pensionales, y en general el problema de la concepción estatal

(y privada) de la seguridad social, la administración de recursos públicos y los procesos de privatización en sectores como la salud y la educación.

Y, por supuesto, están los tres temas globales en los que he insistido: si se trata de desarrollo inequitativo, Colombia es uno de los cinco países más desiguales entre los que tiene información el PNUD; si hablamos de alternativas socialistas, el contexto latinoamericano está tensionado por proyectos políticos que van desde el movimiento indigenista en Bolivia hasta el “bolivariano” en Venezuela; finalmente, si se trata de los efectos de la economía global, Colombia ha entrado de lleno en la política de los llamados “tratados de libre comercio”.

Esta breve enumeración me reafirma en la convicción de que una escuela de antropología económica en Colombia podría aportar una perspectiva muy valiosa al estudio de éstos y otros fenómenos. Si las ciencias sociales, y en particular la antropología, dejan de ocuparse, y con rigor, de asuntos económicos, son responsables de dejar en libertad la difusión de un neoliberalismo irreflexivo.

128

La antropología económica ha querido articular las preguntas abstractas por el origen y la reproducción del valor, más propias de las ciencias económicas, con las preguntas concretas por los acuerdos morales de las comunidades, más propias de las ciencias sociales. Al tiempo, esta articulación hace posible que las escalas global y local encuentren puntos de contacto; si el interés por las crisis financieras de la actual literatura académica anglosajona tiene algo en común por el interés latinoamericano en fenómenos como la reprimarización de la economía, es precisamente porque ambos movilizan cuestiones que han sido centrales para la antropología económica. ✱

REFERENCIAS

1. Alarcón, Sandra. 2008. *El tianguis global*. México, Universidad Iberoamericana.
2. Appadurai, Arjun (ed.). 1991 [1986]. *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México, Grijalbo.
3. Arrighi, Giovanni. 2007. *Adam Smith in Beijing. Lineages of the Twenty-First Century*. Londres, Verso.
4. Arrighi, Giovanni. 1994. *The Long Twentieth Century: Money, Power and the Origins of our Times*. Londres, Verso.
5. Barth, James. 2009. *The Rise and Fall of the U.S. Mortgage and the Credit Markets*. Nueva Jersey, John Wiley and Sons.
6. Bataille, Georges. 2007 [1976]. *La parte maldita. Ensayo de economía general*. Buenos Aires, Las Cuarenta.
7. Cabrera, Fabricio. 2011. Sobre las etnografías del capitalismo. *Maguaré* 25 (1), pp. 9-20.
8. Carrier, James. 2012. *A Handbook of Economic Anthropology*. Second edition. Northampton, Edward Elgar Publishing.
9. Carrier, James. 2005. *A Handbook of Economic Anthropology*. Northampton, Edward Elgar Publishing.
10. Comaroff, Jean y John Comaroff. 2005. Millennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism. En *The Anthropology of Development and Globalization. From Classical Political Economy to Contemporary Neoliberalism*, eds. Marc Edelman y Angélique Haugerud, pp. 177-187. Malden, Blackwell.
11. Douglass, Mary y Baron Isherwood. 1990 [1974]. *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. México, Grijalbo.
12. Dufy, Caroline y Florence Weber. 2009 [2007]. *Más allá de la gran división. Sociología, economía y etnografía*. Buenos Aires, Antropofagia.
13. Edelman, Marc y Angélique Haugerud (eds.). 2005. *The Anthropology of Development and Globalization. From Classical Political Economy to Contemporary Neoliberalism*. Malden, Blackwell.
14. Ensminger, Jean. 2002. *Theory in Economic Anthropology*. Walnut Creek, Altamira Press.
15. Escobar, Arturo. 1996. *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá, Norma.
16. Firth, Raymond (ed.). 2004. [1967]. *Themes in Economic Anthropology*. Londres, Routledge.
17. Firth, Raymond. 1939. *Primitive Polynesian Economy*. Londres, Routledge y Kegan Paul.
18. Friedman, Milton. 1962. *Capitalism and Freedom*. Chicago, University of Chicago Press.
19. Geertz, Clifford. 1963. *Peddlers and Princes. Social Development and Economic Change in Two Indonesian Towns*. Chicago, University of Chicago Press.
20. Gemici, Kurtulus. 2008. Karl Polanyi and the Antinomies of Embeddedness. *Socio-Economic Review* 6, pp. 5-33.
21. Graeber, David. 2001. *Toward an Anthropological Theory of Value. The False Coin of Our Own Deams*. Nueva York, Palgrave.
22. Greene, Shane. 2006. ¿Pueblos indígenas S. A.? La cultura como política y propiedad en la bioprospección farmacéutica. *Revista Colombiana de Antropología* 42, pp. 179-221.
23. Gudeman, Stephen. 2001. *The Anthropology of Economy: Community, Market and Culture*. Malden, Blackwell.

24. Hann, Chris y Keith Hart. 2011. *Economic Anthropology. History, Ethnography, Critique*. Cambridge, Polity Press.
25. Hart, Keith, Jean-Louis Laville y Antonio Cattani (eds.). 2010. *The Human Economy*. Cambridge, Polity Press.
26. Herreros, Sebastián y José Durán Lima. 2011. Reprimarización y desindustrialización en América Latina, dos caras de la misma moneda. *Mesa Redonda sobre Comercio y Desarrollo Sostenible*. Montevideo, Cepal.
27. Herskovits, Melville. 1940. *The Economic Life of Primitive Peoples*. Nueva York, Knopf.
28. Hertz, Ellen. 1998. *The Trading Crowd. An Ethnography of the Shanghai Stock Market*. Cambridge, Cambridge University Press.
29. Ho, Karen. 2009. Disciplining Investment Bankers, Disciplining the Economy: Wall Street's Institutional Culture of Crisis and the Downsizing of "Corporate America". *American Anthropologist* 111 (2), pp. 177-189.
30. Kopytoff, Igor. 1991. La biografía cultural de las cosas. En *La vida social de las cosas*, ed. Arjun Appadurai, pp. 89-122. México, Grijalbo.
31. Marx, Karl. 2005 [1857]. *Grundrisse. Foundations of the Critique of Political Economy*. Londres, Penguin Books.
32. Masías, Rodolfo. 2003. *Almas perdidas. Los empresarios populares: una visión de su mentalidad y acción económica*. Bogotá, Universidad de los Andes.
33. Maurer, Bill. 2012. What I'm Reading. *Occupy Economic Anthropology. Journal of the Royal Anthropological Institute* 18, pp. 454-460.
34. Mauss, Marcel. 2000 [1924]. *The Gift. The Form and Reason for Exchange in Archaic Societies*. Nueva York, Norton y Company.
35. Millán, Noelba, Luz Prada y Jorge Renza. 2008. Informalidad de subsistencia en Colombia, 1996-2006: ¿un problema de género? En *Vías y escenarios de la transformación laboral: aproximaciones teóricas y nuevos problemas*, eds. Carmen López, Luis López, Javier Pineda y Samuel Vanegas, pp. 307-329. Bogotá, Universidad del Rosario.
36. Miller, Daniel. 1987. *Material Culture and Mass Consumption*. Oxford, Basil Blackwell.
37. Montenegro, Mauricio, Margarita Chaves y Marta Zambrano. 2010. Mercado, consumo y patrimonialización cultural. *Revista Colombiana de Antropología* 46 (1), pp. 7-27.
38. Narotzky, Susana. 2004. *Antropología económica. Nuevas tendencias*. Barcelona, Melusina.
39. North, Douglas. 1986. The New Institutional Economics. *Journal of Institutional and Theoretical Economics* 142, pp. 230-237.
40. Parra, Johanna. 2006. Familia, poder y esmeraldas. Relaciones de género y estructura económica minera en el occidente de Boyacá. *Revista Colombiana de Antropología* 42, pp. 13-54.
41. Parry, Jonathan y Maurice Bloch (eds.). 1989. *Money and the Morality of Exchange*. Cambridge, Cambridge University Press.
42. Polanyi, Karl. 1944. *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*. Boston, Beacon Press.
43. *Portafolio*. 2013. Inversiones impulsan ganancias del sistema financiero. Consultado el 11 de febrero de 2013 en: <http://www.portafolio.co/economia/ganancias-del-sistema-financiero-colombia>.

44. Puerta, Claudia. 2010. El proyecto minero del Cerrejón como espacio relacional. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia* 41, pp. 149-179.
45. Røyrvik, Emil. 2011. *The Allure of Capitalism. An Ethnography of Management and the Global Economy in Crisis*. Nueva York, Berghahn.
46. Sahlins, Marshall. 1972. *Stone Age Economics*. Nueva York, Aldine de Gruyter.
47. Seddon, David (ed.). 1978. *Relations of Production. Marxist Approaches to Economic Anthropology*. Oxon, Frank Cass y Company.
48. Serje, Margarita y Roberto Pineda. 2011. Somos indios, somos empresarios, somos pastos: una etnografía del desarrollo empresarial indígena en Colombia. *Maguaré* 25 (1), pp. 111-130.
49. Sillitoe, Paul. 2006. Why Spheres of Exchange? *Ethnology* 45 (1), pp. 1-23.
50. Simonsen, Kirsten. Space, culture and economy. A question of practice. *Geografiska Annaler. Series B, Human Geography* 83, pp. 41-52.
51. Smith, Adam. 2004 [1759]. *La teoría de los sentimientos morales*. Madrid, Alianza.
52. Sraffa, Piero. 1960. *Production of Commodities by Means of Commodities. Prelude to a Critique of Economic Theory*. Cambridge, Cambridge University Press.
53. Stiglitz, Joseph, José Antonio Ocampo y Stephany Griffith-Jones (eds.). 2010. *Time for a Visible Hand. Lessons from the 2008 World Financial Crisis*. Oxford, Oxford University Press.
54. Taussig Michael. 1993 [1980]. *El diablo y el fetichismo de la mercancía en Sudamérica*. México, Nueva Imagen.
55. Trincheró, Héctor Hugo y Alejandro Balazote. 2007. *De la economía política a la antropología económica*. Buenos Aires, Eudeba.
56. Uribe Botero, Ángela. 2005. *Petróleo, economía y cultura. El caso U'wa*. Bogotá, Universidad del Rosario, Siglo del Hombre.
57. Wallerstein, Immanuel. 1976. *The Modern World System*. Nueva York, Academic Press.
58. Wilk, Richard y Lisa Cliggett. 2007. *Economies and Cultures: Foundations of Economic Anthropology*. Nueva York, Westview.
59. Wolf, Eric. 1982. *Europe and the People without History*. Berkeley, University of California Press.
60. Zelizer, Viviana. 2005. *The Purchase of Intimacy*. Princeton, Princeton University Press.